



BLUE CHRISTMAS

José Luis Correa

ALBA

NOVELA
negra

Contenido

1. [Capítulo 1](#)
2. [Capítulo 2](#)
3. [Capítulo 3](#)
4. [Capítulo 4](#)
5. [Capítulo 5](#)
6. [Capítulo 6](#)
7. [Capítulo 7](#)
8. [Capítulo 8](#)
9. [Capítulo 9](#)
10. [Capítulo 10](#)
11. [Capítulo 11](#)
12. [Capítulo 12](#)
13. [Capítulo 13](#)
14. [Capítulo 14](#)
15. [Capítulo 15](#)
16. [Capítulo 16](#)
17. [Capítulo 17](#)
18. [Capítulo 18](#)
19. [Capítulo 19](#)
20. [Capítulo 20](#)
21. [Capítulo 21](#)
22. [Capítulo 22](#)
23. [Créditos](#)
24. [ALBA](#)

Blue Christmas

José Luis Correa

ALBA

Capítulo 1

El día en que iba a morir despuntó oscuro. Lo supo antes de levantarse de la cama (no que moriría, claro, sino la presencia de un cielo encapotado) por el dolor pejuguera de la rodilla izquierda y cuatro estornudos en fila india que amenazaban el regreso de la alergia. El día en que iba a morir, recién amanecidos los Santos Inocentes, se levantó sin ganas, se calzó las zapatillas de franela desteñidas y fue al cuarto de baño arrastrando los pies, dejando un sonido de arenilla en el piso. Se lavó la cara con agua fría y un jabón con olor a magnolias. Se miró al espejo. Allí estaba de nuevo, la sensación de decrepitud y abandono como aceite y vinagre. La mirada agria. La boca espesa.

Pensó que un café negro retinto, de los sudados en calcetines de algodón, aplacaría su destemplanza. Cruzó el pasillo en penumbras (desventajas de vivir en un primero con vistas a un callejón sin alma) intentando recordar el sueño que había tenido. Imposible. Sabía que llevaba los gatos ese sueño. Y una máquina de coser. Y la voz de su madre, muerta hacía más de treinta años. Y un pulóver. Pero con esos mimbres no hubo modo de urdir un recuerdo coherente. Los pájaros de la vecina de puerta estaban enralados. Para ellos era siempre primavera, no había forma humana de callarles la boca.

La cocina era estrecha y desolada, con todo a mano. Había sustituido la puerta de madera por una cortinilla de pipas de algarrobo como las de antes de que se inventara el plástico. Mientras se calentaba, en un cazo renegrido, el café que había sobrado de la noche anterior, pensó en Sara y en Álvaro y en Tomás. Y en todos los ingenuos que tuvieron hijos con la esperanza de no sentirse solos en la vejez. Vaya despropósito. Que le preguntaran a ella. Que vinieran, si se atrevían, a preguntarle esa mañana de los Santos Inocentes. A ella, con tres bastones formidables y renco como una vieja mula.

Se llevó la taza al saloncito, se sentó en el sillón que daba a los ventanales y cerró los ojos para mejor recrearse en el primer café de esa mañana, el último de su vida. Olía a esa mezcla comedia entre el tueste natural y el torrefacto que había logrado conseguir con los años. Sabía amargo fuerte. Quizá un punto ácido. Lo achacó a la resaca. Dio dos sorbos lentos, apurados. Y entonces recordó el sueño. Se fundió con él. Con los gatos de angora, su madre, el pulóver de lana azul celeste. Y quizá, como Sócrates con el gallo de Esculapio, recordara también a última hora una deuda que ya nunca llegaría a pagar. Y una taza que se precipita desde su regazo. Y un dolor en el pecho. Y unas ganas terribles de vomitar. Y la oscuridad eterna.

Gervasio Álvarez odiaba la Navidad. Lo mortificaban tanta hipocresía, tanto disfraz de buenas intenciones sobre una miserable realidad, tantos buenos deseos con la boca chica. Odiaba la Navidad. Sólo había una razón para digerirla: la visita de los nietillos, su cara de ilusión el día de Reyes, su ingenua fe en el cuento de hadas de los tres hombres sabios. Odiaba la Navidad. Y eso en concreto, iba a acabar odiándola más que ninguna.

Estaba transcurriendo como las anteriores. Había pasado la Nochebuena con Susana y el resto de la familia en casa. El día veinticinco habían ido a almorzar a la de su hija. Y el veintiséis había vuelto al trabajo con apenas un leve ardor de estómago, culpa de su mujer que lo llevaba meses en dieta y lo había desacostumbrado a la comida de verdad. Y entonces no había podido resistirse a

pularda rellena y al solomillo de ternera en salsa de ciruelas. Fuera de eso, la Navidad fluía lenta y remolona, igual que un viejo tren. Hasta la tarde del miércoles veintiocho en que todo se fue al carajo.

Al principio creyó que era una broma. Se había levantado de buen humor, había ojeado los periódicos a ver si lograba desentrañar las inocentadas y había acudido a la comisaría a la hora habitual siempre. Tenía mucho trabajo pero de poca monta: un par de tirones, alguna reyerta callejera, riña de vecinos, lo habitual en esas fechas. A mediodía había ido al Deenfrente a dar cuenta de un menú discreto (crema de berros y sama a la plancha) que comió con prisa y algo de remordimiento (se olvidó de pedir un ventilil una barra de pan con el ajillo de la sama). Y al regresar al despacho lo esperaba una noticia que le iba a jeringar la digestión.

Habían hallado muerta a una mujer en el salón de su casa, sentada en un sillón de cara a la ventana, con la bata de guata sobre el camisón. Doña Esperanza, una vecina a quien la difunta enseñaba a coser todas las tardes de martes y jueves se alarmó al no recibir respuesta a sus llamadas. No había faltado nunca a una clase de costura, de ahí que avisara tan pronto a la policía. A las siete de la tarde aquello parecía el camarote de los hermanos Marx: el médico forense analizaba el cadáver; tres peritos de la científica batían la vivienda, con guantes y paciencia, en busca de explicaciones; un enfermero del Servicio Canario de Salud reanimaba a la aprendiz de costurera, a quien le había dado un ataque de histeria, y la hija de doña Esperanza, una muchacha de pocas luces que llevaba un perrillo (un bulldog francés blanquinegro y tristón) entre los brazos respondía a las preguntas de un agente pachorrudo.

Aunque aún le faltaba analizar algunas pruebas, al forense le bastó una mirada al cadáver, a la boca reseca y añil, y a los restos del café desparramado por el suelo para aventurar una hipótesis: la señora había muerto de sobredosis. Sí. Ya sabía el médico que Álvarez pondría esa cara cuando lo supiera. Pero lo que había en el café se parecía bastante a la cocaína. Tal vez algo de similares propiedades. Si lo tomó de un modo voluntario o no, eso era una cuestión que ya no le competía a un médico. Así, lo que iba a ser un día de los Inocentes como otro cualquiera se convirtió en un día loco, en un guirigay de citas y encuestas entre el vecindario que ayudaran a comprender quién beneficiaba la muerte de una vieja solitaria-nostálgica (¿y drogadicta?) cuya casa parecía un museo con tanto recuerdo de épocas felices: retratos de familia, condecoraciones militares, premios académicos, una colección de muñecas de porcelana con ropitas de encaje y ojos vidriosos que daban espanto.

¿La habían asesinado? ¿Qué sentido había en aquella muerte? ¿Quién era la mujer? ¿Qué pudo tener o saber o haber hecho en su vida para que alguien la odiara tanto? ¿Desde cuándo esnifaba? ¿Y desde cuándo las viejas le daban a la coca? Se llamaba Andrea Mérida y tenía setenta y cuatro años. Había nacido en Sardina del Sur. Era hija de un maestro y una costurera, de quien heredó la maña para los zurcidos y los respuntes. Tenía un hermano pero de él nada podría sacarse: llevaba años en una residencia de San Bartolomé con el tino perdido. El puto alzheimer.

Andrea se había casado en el cincuenta y siete con un coronel de artillería (lo de coronel vino después; cuando se casaron el hombre era como mucho cabo chusquero) y había tenido tres hijos: dos varones y una hembra: Sara, Tomás y Álvaro Cardenal Mérida. Había enviudado (a veces el destino resulta un cabrón bromista) el día en que enterraron a Franco. El coronel Tomás Cardenal estaba en el salón ante la tele, viendo el funeral del Generalísimo, cuando su corazón no pudo soportar tantas emociones. De manera que en la misma semana en que España se quedaba sin su Invicto Caudillo, Andrea Mérida se quedaba sin su coronelito, con tres hijos adolescentes y una pensión militar que no le daba para nada.

La primera impresión que recibió Gervasio Álvarez esa noche de Inocentes, al conocer a los hijos de la difunta, fue una mezcla turbia de tristeza y rabia. Ni uno de ellos derramó una lágrima.

Al pequeño, Álvaro, se le notó conmovido pero se recobró enseguida. Sara y Tomás parecían más molestos por el engorro que iba a suponer un funeral y un entierro en Navidad que por la muerte de su madre. El inspector se fue esa noche a la cama con acidez de estómago: lo que le había logrado el solomillo con salsa de ciruelas lo consiguieron aquellos tres mal nacidos con su indiferencia.

Capítulo 2

Todas las familias dichosas se parecen, pero las infelices lo son cada una a su manera. Aquella no era una familia infeliz, entonces la infelicidad era un camelo. Por el olor a naftalina y la soledad que se respiraba en el salón de Andrea Mérida podía afirmarse que la vida más aperreada que había sido la suya. Había tenido que sufrir la ingratitud de un marido déspota que confesaba sus pecados y comulgaba los domingos para pagar las ruindades del resto de la semana. Y, por si fuéramos pocos, parió la abuela del desprecio de sus hijos, que la culpaban de sus males. Posiblemente esa mujer hubiera vivido toda su vida para los demás. Para satisfacer hasta el último deseo de Tomás Cardenal, que se hacían cada vez más caprichosos a medida que el militar ascendía en el escalafón. Y para que Sara, Tomás y Álvaro no tuvieran que sufrir sus padecimientos. Sin embargo, nadie se lo agradeció jamás. Ni el bruto del coronel ni los ingratos de los hijos que el coronel le había dado. Tal vez por eso Gervasio Álvarez no descartó de primeras el suicidio: si alguien tenía motivos para querer mandarse a mudar de esta jodida vida para siempre, ésa era Andrea Mérida. Lo de la comisaría habría sido, en tal caso, una buena perrería dedicada a la muerte.

Los hijos tenían un rasgo en común, como un antojo de nacimiento familiar: ninguno de ellos miraba a la cara cuando hablaba. Acaso Tomás, a quien llevar el nombre del patriarca debía conferirle cierta distinción entre sus hermanos, aguantaba el tipo con la mirada desafiante, pero si uno tenía la paciencia de sostenerle el pulso (y Álvarez era maestro en pulsos), el hombre se rajaba por las patas a las primeras de cambio. Sara y Álvaro ni siquiera lo intentaban. Sus ojos mareantes eran incapaces de mantenerse fijos en un lugar. En el caso del benjamín, el gesto se acentuaba por causa de unas manos nerviosas e impacientes.

Ninguno de los tres, en la entrevista preliminar, aportó una explicación plausible de la muerte de su madre. La vieja era tan pobre que, por no tener, no tenía ni enemigos. ¿Quién iba a querer matarla? ¿Para qué? No. Aún no habían tenido tiempo de comprobar si faltaba algo en la casa, habían acudido todos a la comisaría en cuanto los habían citado. Aun así, dudaban de que su madre tuviera algo de valor más allá de alguna joya heredada de la abuela que cualquiera sabía en que recoveco andaría escondida.

Como si se tratara de un caleidoscopio, Álvarez fue moviendo las preguntas (se guardó el as de la cocaína en la manga por si le hiciera falta después) para que arrojaran diferentes luces sobre la mesa. Fueron saliendo, aunque agazapados entre silencios y miradas perdidas, el rojo de la rabia, el azul de los sueños incumplidos, el negro de la vergüenza, el marrón de la mierda de infancia que les tocó vivir, la mierda en que el tirano militar había convertido sus vidas desde que nacieron. El único color que no apareció por ningún lado (y eso que el inspector le dio vueltas al artilugio hasta que se le durmió la mano) fue el verde esperanza.

Atila. Tomás Cardenal, que el diablo lo haya confundido en su tumba, era Atila. Por donde pisaba no volvía a crecer la puñetera hierba. Sí. Ya sabían que no era una historia nueva la de un dictador que reinaba a fuerza de infundir miedo entre sus súbditos. Incluso se podía justificar (disculpar nunca) por el signo de los tiempos. El padre tenía en quién inspirarse, así le dio un jamacuco viendo el funeral de su inspirador. No era nueva pero tampoco explicaba la muerte de Andrea Mérida, que era el verdadero meollo del asunto que los había reunido en la comisaría.

aquella noche de Inocentes. Convenía, pues, comenzar por algún dato trascendente, por ejemplo de la última vez que la habían visto o hablado con ella. No. No se trataba de una competición a ver quién era el mejor hijo (para Álvarez, ninguno de ellos escapaba a la quema), sino de conocer el estado de ánimo de Andrea Mérida aunque sólo fuese para descartar el suicidio.

La segunda seña de identidad de los Cardenal Mérida, amén de su mirada huidiza, resultó ser la falta de escrúpulos. Los últimos que habían hablado con su madre habían sido Sara y Tomás, el día veintidós de diciembre y por el mismo motivo: para darle la gran noticia de que se había ganado mil doscientos euros (los dos últimos números coincidían con el gordo) en la lotería de Navidad. Mil doscientos euros. ¿Creía el inspector que ese dinero podía constituir un móvil suficiente? No. No lo creía. Gervasio Álvarez conocía el valor del dinero, que no lo tomaran por un ingenuo, pero no veía a nadie matando por ese precio. Además, ¿quién iba a saber lo del billete premiado? No obstante, interrumpió el interrogatorio unos minutos para hacer una comprobación.

Regresó a su despacho. Descolgó el teléfono. Marcó un número de móvil. Consultó algo. Esperó una respuesta. Se despidió de su interlocutor con un Vale, de acuerdo, hablamos luego. Y regresó a la sala donde se reunían esas personas tan compasivas y sensibles. Andrea Mérida no había cobrado jamás por acostarse con nadie pero aquellos tipos eran unos auténticos hijos de puta. Eso venía pensando el inspector mientras iba y volvía a la mesa ancha y rectangular, de reuniones donde lo aguardaban los tres hermanos. Hijos de puta. No tenían otro nombre. El día veintidós llamaron a su madre para comunicarle el doble reintegro del gordo y, luego, si te vi no me acuerdo. La pobre mujer se había mamado las fiestas sola como la luna. Álvarez sacó de uno de los bolsillos de su americana un sobre de Almax líquido. Lo rasgó por una esquina y absorbió el contenido con un gesto asqueado, más por la visión de Andrea Mérida en su salón, sin nadie con quien brindar, que por el amargor de la medicina. Hijos de puta. Eso fue lo que pensó pero no lo que dijo. Lo que dijo, mirando uno por uno a los tres hermanos, fue que el billete de lotería estaba en el cajón de la mesilla de noche de su madre. Aún no habría tenido tiempo de cobrarlo. Álvarez hizo una pausa por si a alguno de aquellos mal nacidos se le ocurría mostrar una sonrisa de alivio (mil doscientos entre tres tocaban a cuatrocientos por barba: más herencia) o algo parecido. Hizo una pausa y se juró por sus muertos que si uno de ellos hacía la más leve mueca de satisfacción se la borraría de una trompada, así estuviera purgando un mes de arresto.

Nadie se inmutó. A buenas horas, mangas verdes con la decencia, carajo. Ninguno se inmutó pero uno mentía. Y les iba a decir por qué. Doña Esperanza, la vecina de su madre, había declarado que había tenido que adelantar su clase de costura porque, según le dijo la propia Andrea, uno de sus hijos venía a cenar. Sí. No dijo quién (Álvarez consultó sus notas otra vez), sólo que iba a tener compañía. Parecía muy emocionada, no era para menos con el percal de hijos que había criado. Había incluso preparado tournedo rossini y había comprado una botella de cava para la ocasión. Eso significaba una cosa: que en aquel despacho había al menos un mentiroso; y tratándose de un caso que los ocupaba (aquí el inspector paladeó la sentencia como si fuera dulce de leche) posiblemente también un asesino.

La exploración que realizó la policía científica en la casa no sirvió de mucho. Había huellas más o menos recientes de Mérida, de la vecina y alguna más que aún deberían verificar pero que probablemente, correspondiera a miembros de la familia. Andrea jamás había permitido que nadie le ayudara en las tareas del hogar, le disgustaba tener a una extraña enredando en sus cosas y en su vida. Por más que Sara se empeñase en buscarle a una asistenta, la madre se negó en redondo siempre. Eso explicaba, en cierto modo, la profusión de huellas en el salón, en el baño y sobre todo en la cocina, la estancia en la que Álvarez había puesto mayor empeño en que analizaran. Andrea Mérida limpiaba muy por encima, lo justo para que la roña no se enseñoreara de su casa y por eso más. Total, ¿para qué iba a esmerarse si nunca iban a verla?

Hubo un detalle que al inspector no se le pasó por alto en el primer tanteo: la basura. En el cubo bajo el fregadero, había una bolsa negra sin estrenar. Aún olía a plástico, a ese sahumerio dulzón y pegajoso. Ni rastro de la famosa cena. Quien quiera que hubiera ido la noche anterior tomó la precaución de llevarse los restos del turnedó y la botella de cava con él. La droga tampoco apareció pero con eso contaba el viejo policía. Ordenó revisar los contenedores de cuatro calles a la redonda sin resultado. La cautela del invitado (Álvarez miró a los tres hijos buscando grietas en sus coartadas) significaba que llevaba tiempo preparando el crimen.

Capítulo 3

La tarde de viernes en que enterraron a Andrea Mérida se coló un viento chinchoso por entre los callejones del cementerio. Gervasio Álvarez decidió ir a San Lázaro a darle el último adiós a una mujer que no conocía pero que había despertado todo su afecto. Ya fuera porque el tiempo no ayudaba mucho, o por las circunstancias que rodeaban la muerte de la mujer, aquél resultó ser un acto soso y deprimente. No es que se esperase otra cosa de un entierro pero el inspector recordaba haber asistido a uno con menos gracia que el de Andrea Mérida.

Contó diez personas entre familiares y vecinos que, unidos al franciscano que ofició la ceremonia y al propio Álvarez, hacían la docena. La comitiva se dividió bien pronto en dos grupos: el de los tristes (los vecinos) y el de los simplemente molestos por el incordio de un entierro a mitad de las navidades. El fraile oficiaba con cierta monotonía indolente. Y Álvarez observaba. Cuando llegó la hora de las condolencias, los familiares se colocaron en fila, de espaldas al nicho y fueron recibiendo el pésame de los asistentes. Luego, sin esperar siquiera un segundo de intimidad con su madre, un mísero segundo para despedirse de ella sin testigos, para acariciar la lápida de cemento aún fresco y, aunque fuera, dejar una huella amorosa o llevarse una flor de las pocas coronas que se arracimaban contra la piedra fría, los tres hermanos se marcharon aprisa por donde habían venido.

Al inspector se le revolvieron las tripas. Se mordió el coraje que le daban aquellos tres infames desertores. Y decidió recogerse unos minutos, las manos cruzadas sobre el estómago, los ojos en la tierra polvorienta, a desagaviar a una pobre muerta. De pronto, una figura salió del otro lado del atrio y se acercó en silencio a donde descansaban los restos de Andrea Mérida. Una figura menuda y encorvada que se defendía del viento gracias a una chaqueta de paño gris con las solapas alzadas. Una figura que no había participado de la ceremonia. El inspector se mantuvo inmóvil en la esquina sin dejar de observar los movimientos de aquel hombre que parecía salido de la bruma. Deseo haber sido supersticioso, hubiera pensado en un fantasma que venía a recibir a la difunta a la puerta del purgatorio. Pero el hombre era muy real.

Entre setenta y setenta y cinco años. Cabello negro cortado a cepillo. Piel curtida. Brazos fuertes. Llevaba en la mano izquierda un modesto ramillete de crisantemos que depositó como pudo entre los huecos libres que le dejaban las coronas de flores. El hombre humilló la cabeza para rezar una plegaria silenciosa que duró, para gusto de Gervasio Álvarez, más de la cuenta. Aquél no era un gesto de compromiso. No era el paripé vergonzoso que el inspector había presenciado unos minutos antes. Había algo de deuda de honor, de juramento, de promesa incumplida. Al acabar la oración, el desconocido se persignó y comenzó a andar, igual de parsimonioso y compungido hacia la salida de San Lázaro.

A Álvarez le dio reparo perturbar el dolor del viejo. Pero estaba intrigado, demasiado para dejarlo marchar sin más ni más. Optó, entonces, por seguirlo desde la distancia. Cruzó, quince metros tras el desconocido, la hilera central de afectados panteones. Franqueó el pórtico de entrada. Bajó los nueve peldaños de la escalera que llevaba al aparcamiento. Cuando llegó a la altura de su coche, viendo que el hombre continuaba andando a través de la arboleda que daba a San Lázaro, el inspector le hizo una señal al policía que le había servido de chófer para que lo

siguiera. El desconocido giró a la izquierda en una rotonda y enfiló la avenida que llevaba a Las Palmas. Allí se detuvo en una parada de guaguas, consultó los horarios en un panel de plástico, echó un vistazo a su reloj de muñeca y se sentó en el banco a esperar. Álvarez cerró un ojo, sacó cuentas y, por fin, volvió a hacerle una indicación al chófer para que se marchara: él se apañaría solo.

Era la 83. Hacía un trayecto zigzagueante (diecisiete paradas) por los barrios intermedios hasta llegar a Las Palmas. El desconocido fue a sentarse al final de la guagua mientras el inspector buscaba acomodo en un hueco libre dos filas por delante. No le importó. La puerta de salida estaba situada en el medio y el hombre del cementerio tendría que pasar por su lado para bajarse. Al adentro olía a sudor y a perfume barato. Gervasio Álvarez intentó recordar la última vez que había viajado en un trasto como aquél. El recuerdo se perdía en la neblina del tiempo. Sintió nostalgia. Se le agolparon escenas de la niñez junto a su hermano al ir al colegio, con los amigos de la plazuela en busca de los garitos del Mercado de Vegueta o, más tarde, con Susana al Pabellón Recreativo, a robarle algún beso en las últimas filas del viejo cine.

En el asiento anterior, una muchacha daba de mamar a su bebé y luchaba con mimo para que la criatura no se durmiera en mitad de la toma. Frente a ella dos pibes andaban enfrascados en una guerra de maquinitas, cada uno con la suya, intentando matar más naves espaciales o más indios o más terroristas, ¿quién sabe cuál es el enemigo ideal para dos adolescentes de la nueva era? En la primera fila, una mujer le daba palique al conductor. Debían de conocerse porque hablaban de cosas mucho que había cambiado el barrio desde los tiempos en que jugaban al brulé en la calle. Justo detrás del inspector, una adolescente con coleta y piercing (se había subido en el mismo lugar que ellos y ya llevaba el móvil en la oreja) hablaba con su mejor amiga sobre el traje que pensaba ponerse en la fiesta de Fin de Año. Álvarez no supo si, como la muchacha pretendía, iba a ser la más guapa del baile. Pero seguro que iba a pasar más frío que un perro chico porque el vestidito tenía aberturas por todos lados.

Tan embebecido estaba en sus reflexiones que a pique estuvo de dejar escapar la parada en la que se bajó el desconocido. Fue seguramente entonces, en aquel torpe movimiento para alcanzar la puerta antes de que se cerrara, cuando se delató. El hombre, ya en la calle, dio media docena de pasos. Se detuvo. Se dio la vuelta. Y miró al inspector con gesto huraño, ¿La policía no tiene otra cosa que hacer que molestar a un pobre viejo?

No era amigo de confidencias. Vivía solo, en la segunda planta de un edificio de protección oficial en la subida de San Antonio. Convicto y confeso solterón, jamás se había casado. Había sobrevivido a un cáncer de próstata que ahora controlaba con aplicado esmero. Jubilado de DISA, empresa a la que había dedicado treinta y cinco años hasta su retiro en el año dos mil. Vivía de su pensión de mil ciento cincuenta euros. Caminaba, a buen ritmo, dos horas diarias por la Avenida Marítima. Tomaba, luego, café con leche en el quiosco de San Telmo. Y jugaba al ajedrez por las tardes en el hogar de la tercera edad (odiaba el nombrecito de los huevos: ¿qué era eso de la tercera edad?; ¿cuántas había?) con sus vecinos del barrio. Se llamaba Eduardo Gil Varela y había nacido en mil novecientos treinta y siete en Alcalá de Henares, de ahí su acento atravesado, más o menos medio siglo canario sobre un fondo de veinte años castellanos. ¿Qué más podía decirse de aquel hombre? Dos anécdotas: su sangre era la más rara que pueda darse, AB negativo; y era el socio número 121 del Atlético de Madrid. Esto último explicaba, en parte, la chifladura (una perreta que le costó enemistarse con su familia castellana) de venir a hacer la mili a Las Palmas: llegó buscando los orígenes del club de sus amores, el mítico Atlético de Aviación.

Gervasio Álvarez averiguaría más tarde, espiando a Gil Varela, sus rutinas. Su pasado laboral surgía hurgando en los archivos de la Seguridad Social. Lo de su enfermedad y su grupo sanguíneo salía gracias a la ficha médica. Lo único que aprendió de primera mano, de boca del propio jubilado, fue

su afición al fútbol, una cuestión ociosa que no compromete a nadie. Sin embargo, sobre lo que realmente le interesaba, la relación que existía entre Eduardo Gil y Andrea Mérida, el hombre se enrocó como buen ajedrecista. Una vieja amiga, dijo orgulloso. De sus primeros años en la isla confesó agradecido. Una gran amistad que sólo la muerte pudo quebrar, se lamentó con un hilo de voz. La emoción al evocar a su amiga muerta dejaba al aire sentimientos más hondos, más enmarañados en los que el inspector tendría que ahondar.

En el primer encuentro, el de la parada de San Antonio, cuando Álvarez estuvo a punto de partirse la cara contra la puerta corredera de la guagua, apenas hablaron. El jubilado anduvo todo el tiempo con la mosca tras la oreja por aquella aparición tan rocambolesca. Observaba al inspector de un modo ceñudo, arisco. Preguntaba más que responder a nada. El policía no quiso tensar mucho la cuerda no fuese que acabara por ahorcarse. Acompañó al viejo hasta el portal de su casa y allí se despidió, no sin antes acordar una cita para el día siguiente. Sí. Ya sabía que era el día de fin de año pero no lo iba a retener más de una hora por la mañana. Gil Varela quizá no fue consciente de hasta qué punto era necesario. A Andrea Mérida la habían asesinado, pocas bromas con eso. No podía precisar más pero la cosa tenía que ver con cierto tipo de droga. ¿Tomaba drogas Eduardo Gil? La indignación y la tristeza profundísimas que revelaron los ojos de aquel hombre hablaron más que él. No. No tomaba drogas. Ni siquiera Viagra.

Era noche cerrada cuando salió del despacho. Había puesto en orden los documentos del caso. El informe forense reveló que la dosis de cocaína no habría sido determinante de no haber mediado una cardiopatía severa. Andrea Mérida padecía del corazón. Aquel dato venía a añadir una cuota de sospecha sobre los hijos, posiblemente los únicos sabedores del alcance de la enfermedad de su madre. Los testimonios de los vecinos reforzaban la tesis de una mujer solitaria y tímida a quien jamás se le había oído una palabra más alta que la otra, que apenas salía a la compra, a tirar la basura y, como todos los viejos, al ambulatorio de especialidades. Nadie aludió a una supuesta insuficiencia coronaria y mucho menos a una inverosímil afición a las drogas. Las únicas visitas que recibía eran las de sus hijos (eso sí, de San Juan a Corpus) y la de la alumna de costura. Tampoco se hablaba de un hombre moreno y medio corcovado, una amistad extraña aquella que mantenía tan en secreto.

Álvarez volvió a repasar las afirmaciones del trío calavera por ver si hallaba alguna estría. No descubrió. Cualquiera hubiera pensado que se habían puesto de acuerdo en sus respuestas. Para ellos, eso estaba claro, su madre era un cero a la izquierda, una auténtica extraña. El inspector anotó una pregunta en su libreta: ¿Conocían los hijos la existencia de Gil Varela? Subrayó el apellido con un trazo grueso y oscuro como sus pensamientos. Llamó a Susana para decirle que ya había terminado y que en veinte minutos llegaría. Que esa noche no irían a caminar, ya bastante había andado detrás del viejo. Su mujer ya lo intuía y no le dio importancia, Pero no te arregostes ¿eh?, que te conozco; después de año nuevo no te escapas; ¿qué quieres de cenar?; ah, no tienes mucha hambre; vale, preparo una tortilla francesa con serrano.

El olor a huevo y jamón lo recibió con los brazos abiertos. Susana andaba en el fogón acabando de dorar la tortilla. Una tele pequeña sobre el aparador daba el tiempo que iba a hacer al día siguiente en toda España, la imagen de una borrasca se cernía sobre Galicia y Cantabria. Unos soles salpicaban el Levante y Andalucía. En Canarias, un batiburrillo de nubes y calor. Álvarez se acercó a su mujer y la besó en el cuello con un gesto zalamero. Se enjuagó las manos en el fregadero y se secó con un paño amarillo. Bajó el volumen del televisor. Abrió el cajón de los cubiertos y el armario de la vajilla y fue a poner la mesa mientras preguntaba más para él que para Susana qué iban a beber. No. Ni hablar. Tampoco era cosa de descorchar el mejor champán de la casa pero ya bastante frugal era la cena para, encima, añadirle la tristeza de un vaso de agua. Estaban en Navidad, caramba. Abrirían un vino blanco y brindarían por que aún estaban vivos.

Susana lo miró sarcástica, ¿Comparados con quién estamos vivos? Y él, sorprendido ante la socarronería, Comparados con mucha gente que no va a ver el nuevo año. Y ella, juguetona, Al creía que pensabas en alguien en concreto. Y él, desarmado, Pienso en alguien; esta tarde estuve en un entierro que me dejó el cuerpo cortado; ¿dime?, sí, esa mujer de la que hablan los periódicos; llamaba Andrea Mérida, tenía tres hijos pero de esa manera, como quien tiene un tío en Granada que ni tiene tío ni tiene nada; si los llegas a ver, la dejaron botada y salieron por patas como si le avergonzara que sus amistades los vieran allí.

Durante la cena, Gervasio Álvarez le contó, contra su costumbre de llevar a casa los problemas del trabajo, la historia de la mujer que había visto enterrar. Aquélla era una buena ocasión para dejar a un lado sus reparos. Quizá porque la muerta era distinta. O, mejor dicho, porque era demasiado igual a ellos. Una mujer sencilla, honrada, que había vivido para su familia toda su vida. Una mujer como sería Susana dentro de diez años. A ella también le gustaba coser y leer telenovelas. Le describió asimismo la conducta mezquina, despreciable de los tres canallas que tenía por hijos. Y la presencia turbadora del hombre de San Lázaro.

Susana lo dejó hablar. A veces preguntaba alguna cosa que no entendía o se admiraba de haber dónde podía llegar la ruindad humana. Por supuesto, se sorprendió de lo de la cocaína, por Dios, era una abuelita. En un momento de la conversación dejó caer una duda que a su marido se le iba quedar grabada. ¿Gil Varela, un sempiterno solterón? ¿Un hombre que hacía ejercicio diario seguramente se teñía el pelo? ¿Un hombre que vestía chaqueta de paño? Con setenta y cinco años nadie se mantiene en forma y se atilda sólo para jugar al ajedrez en el hogar del pensionista. Al había gata encerrada. Y esa gata no podía ser otra que Andrea Mérida.

Acabaron la cena. Recogieron la mesa. Se sentaron un rato en el sofá del salón a leer (ella, una novela de amores apasionados; él una sobre la guerra entre Escipión y Aníbal). A eso de medianoche se fueron a la cama. En ningún momento (ni en la sobremesa, ni en la lectura, ni en la alcoba) el inspector pudo quitarse de la cabeza lo que había dicho Susana sobre Gil Varela. Las Palmas era una ciudad cosmopolita para muchas cosas pero, para otras, seguía siendo un pueblo grande donde las noticias, sobre todo las picantes, corrían como la pólvora. Le costaba creer que Eduardo Gil y Andrea Mérida pudieran haber llevado una historia de amor en secreto, lejos de las miradas noveleras del vecindario. ¿Desde cuándo duraba? ¿Hasta qué punto era seria? ¿Qué relación tendría con el crimen? Aquella duda tenía muchos afluentes y el inspector Álvarez se barruntaba que todos iban a dar al mar que es el morir.

Capítulo 4

El año nuevo llegó con la misma cadencia melancólica con la que se había ido el anterior. La Nochevieja resultó tranquila, incluso los maleantes parecieron tomarse un descanso, tal vez porque era sábado. La tropa de Álvarez vino a partir el año. Susana preparó una sopa de marisco y un besugo al horno. El inspector hizo un majado de ajo y perejil para unos langostinos que le había regalado un amigo del puerto. Tuvo que soportar las chanzas de su yerno a cuenta del regalo. ¿Aquello podía considerarse soborno? El pobre hombre se hartó de repetir que no, ni que él fue el concejal de urbanismo, carajo. Su amigo Vicente era un tipo honrado, administraba una empresa legal de congelados y no necesitaba untar a nadie para seguir progresando y menos que a nadie un simple policía, que no tenía ni arte ni parte en sus negocios.

Al final dio por perdidas las explicaciones porque, cuanto más se justificaba, más se mofaban de él. La chirigota se zanjó de cuajo cuando el mayor de sus nietos, Pedro, preguntó con la voz entrecortada si el abuelo era un policía corrupto (el chiquillo había sacado la palabreja de una de las series de televisión a las que tanto la madre como la abuela eran adictas). Los adultos corrieron a explicarle que no, cómo iba a ser eso. Que el abuelo era el mejor policía de Las Palmas. Que sólo eran bromas para hacerlo rabiar. Y todos regresaron a los langostinos que estaban de muerte desde luego no sabían a soborno. Con las uvas, los besos y los buenos deseos para el año nuevo y nadie se acordó de la polémica.

Una vez pasadas las fiestas, el inspector reanudó la investigación sobre el asesinato de Andrés Mérida. La entrevista con Gil Varela el fin de año hubo de suspenderse por una enfermedad repentina (recaída, había dicho el viejo ajedrecista) que lo mantuvo en cama dos días. Álvarez dejó estar, ya tendría tiempo de echarle el guante a su declaración. Lo dejó estar pero anotó una fecha para ajustar las cuentas: el miércoles, cuatro de enero.

El lunes llovió. Y en la comisaría no se hablaba de otra cosa. De la lluvia. Ya era hora, ¿verdad? Bien estaba que las islas fueran el paraíso, seguro de sol y esas bagatelas para atraer a turistas desprevenidos. Pero los isleños añoraban de vez en cuando un pizco de invierno, una llovizna que renovara el aire y le diera color al campo. Estaban ahítos del verano perpetuo, del calor pegajoso del aire acondicionado que descalabraba las gargantas y reseca los labios. En Ingenio, una villa del sureste, había habido dos suicidios en lo que llevaban de Navidad. Los periódicos tenían vetas de hablar de suicidios no fuera que a la gente le diese por imitarlos y aquello se convirtiese en una epidemia. Pero en la comisaría sí que hablaban de ellos y nadie creía que fueran producto de la pérdida del empleo o del abandono de una novia como alegaban los familiares de ambos suicidados. Era el tiempo. La falta de agua. Si hubiera llovido una semana antes, los dos tipos aún andarían con vida. Álvarez se llevó un capuchino al despacho para no seguir oyendo las quejas de sus colegas hombres. Lo último que necesitaba era contagiarse del desánimo reinante. Quería tranquilidad para centrarse en dos cosas: en una llamada y en una visita.

El forense se llamaba Ignacio Santa Ana. Su padre, del mismo nombre, había ejercido la misma profesión antes que él. Se había jubilado el año anterior. El joven Santa Ana, que debía de andar por los cuarenta años, quizá no era tan bueno como el viejo pero había heredado, además de su puesto en el Instituto Anatómico Forense, su carácter afable y coñón. Le explicó al inspector

que había hallado en la sangre del cadáver. Se reafirmó en la teoría del envenenamiento por cocaína, de una dosis pequeña pero suficiente para producirle a Andrea Mérida una embolia mortal. Y sí. Quien se lo administró debía de conocer su enfermedad. La mujer se medicaba y sabía que la mató fue la mezcla explosiva de un corazón frágil, unos medicamentos fuertes y una droga electrizante. La conclusión era obvia: el asesino sabía lo que se hacía. Pero eso no era difícil. Hoy día vas al Google y consigues toda la información que quieras sobre mezclas y pócimas.

Santa Ana, sin pretender dar lecciones a nadie (ya bastante tenía con su trabajo en el Laboratorio Anatómico), le recomendó al inspector que indagase en los ordenadores de los hijos, esas cosas no dejan rastro. ¿Una orden judicial? Ah, vaya. La jodida burocracia. Lo bueno de su cargo, concluyó el médico con un mohín que a Álvarez le recordó al viejo forense, era que a él le llegaban bien los muertos y no necesitaba demasiado papeleo. El policía preguntó cómo andaba Santa Ana padre. El otro respondió con un poso de envidia en la voz, En la gloria, inspector; con la pensión y algunas inversiones hechas antes de que la bolsa se fuera al carajo, el cabrón vive feliz con mi madre en una casita que se construyó a empujones, piedra a piedra, en San José del Álamo; lo que oye, tiene su terrenito con sus tomates y sus papas y hasta cabras y cerdos que se ha agenciado; se pasa el día como un granjero feliz; ¿dígame?, por supuesto que le daré recuerdos suyos cuando vaya a verlo, seguro que le hará ilusión.

Cuando colgó, Álvarez se quedó unos segundos con la mano sobre el teléfono pero con la cabeza en la otra esquina del mundo. Le quedaban apenas un par de años para la jubilación y no sabía hacer otra cosa que trabajar. Le gustaba leer pero no se veía en un sillón echándole horas a un libro día tras día. La televisión le parecía una bazofia que acababa por atrofiar el entendimiento. El cine como el fútbol, estaba bien para un par de días a la semana pero no alimentaba. Los juegos de cartas o las fichas nunca le habían atraído demasiado. Entendía, pues, al viejo Santa Ana con su huerta y sus cabras. Aunque, examinándolo bien, debía de requerir esfuerzo y ganas, madrugones y contrariedades cuando llegaba el mal tiempo o las enfermedades de las bestias. No. Tampoco parecía un buen negocio. Entonces pensó en alguien cuyo oficio se acercaba más al suyo. Alguien que, igual que él, dedicaba su tiempo a desentrañar enigmas, a escarbar en la basura. Alguien que en esos momentos debía de estar pasándolas putas. Gervasio Álvarez pensó en mí.

No andaba descaminado. Si no llega a insistir una y otra vez con machaconería ni le hubiera abierto la puerta. Aún no sé por qué lo hice. A lo mejor en nombre de una vieja amistad. O porque necesitaba algo que me devolviera las ganas de levantarme por la mañana. O, lo más probable, por pura curiosidad. Cuando cruzó el pasillo llevaba un atadajo de cartas y folletos que había recogido de mi buzón. Negó con la cabeza y lanzó un bufido que estaba más cerca del reproche que de cualquier otra cosa, Joder, Ricardo, si tu abuelo levantara la cabeza se volvía a morir del disgusto, estás hecho una mierda, ¿desde cuándo no limpias este chiquero?

La sola mención de mi abuelo Colacho me provocó fatiga. La mueca amarga no le pasó desapercibida al inspector. Me miró de arriba abajo con lástima. Supuse que intentaba calibrar qué había sido del Ricardo Blanco que una vez conoció. Me había dejado barba. El pelo empezaba a rizarseme cerca de los hombros. Llevaba puesto un chándal rucio y gris de la Universidad de Los Ángeles, California; sobre la U azul de UCLA flotaba un lamparón de salsa de tomate, una espaguetis a la boloñesa que ya no recordaba haber comido. Iba en calcetines, cuyas plantas habían perdido el color, de tanta roña. El salón no ayudaba a mejorar la imagen de desarrapado. Una bandeja de madera se moría del asco encima de la mesilla: sobre ella, las cáscaras de un plátano, un kiwi, una cafetera fría, una cerveza Tropical a medio beber. Un cenicero grueso de cristal rebosaba de tabas y ceniza de puro. Olía a tabaco y soledad. La trompeta de Miles Davis susurraba *Love for Sale*.

Álvarez apartó unos periódicos atrasados de la dormilona y se sentó sin esperar invitación. M

dijo nada. Aguardó con los brazos cruzados mientras yo recogía aquel desastre y me llevaba bandeja y los restos del desayuno a la cocina. Nada más regresar, volvió a la carga sin dejar de observar mi sudadera mugrienta, ¿Desde cuándo no comes caliente, chico?; menuda facha llevas; mira, vamos a hacer una cosa antes de que me dé por arrestarte por vagancia: te vas a darte una ducha, vas a ponerte ropa limpia (imagino que te quedará algo decente por ahí, ¿no?), y nosotros vamos a almorzar a El Pote; y ni se te ocurra protestar porque aún estoy dudando si no darte un pellizco de tollina de palos para espabilarte, ¿estamos?; y no es compasión; a la comida invito yo pero te voy a sacar el cuero en un asunto que se me está atragantando; te aseguro que, conociendo a los clientes, no vas a ver un euro aunque lo resuelvas en un fin de semana, así que no, nada de caridad cristiana ni esas martingalas; ocurre que me mata verte en este estado.

Antes de la ducha me detuve a lavarme los dientes y afeitarme. Sentía la boca espesada y apelmazada, un regusto a desolación bajo el cielo del paladar. Sin barba, mi rostro se transformó pero yo me notaba igual de resentido. ¿Cuánto llevaba sin salir de casa? Desde el jueves, en que había bajado al mercado a comprar unos filetes de gallo, fruta, cervezas y medio kilo de anacardos salados con los que había sobrevivido el fin de semana. Cuatro días sin hablar con nadie. Sólo con mis viejos amigos Davis y Mingus que me han acompañado siempre en los peores momentos. El teléfono de casa había sonado media docena de veces, incluso de noche. Debía de haber tres o cuatro mensajes esperando en el contestador. El móvil llevaba una semana sin batería en la mesita de noche. Había perdido el cargador y no había tenido ánimos para comprar otro.

Media hora después regresé al salón, oliendo a limpio y vestido con unos vaqueros y una camisa blanca remangada hasta los codos y con los faldones por fuera. Álvarez buscaba algo entre los periódicos y en el suelo y en medio de las coyunturas de los cojines del sofá. Supuse lo que era. Hice memoria. Volví a la cocina. Abrí el roperito de debajo del fregadero. La basura olía a descomposición. Saqué el cubo. Hurgué dentro aguantando las arcadas. Hallé lo que quería. Lo mangué y lo limpié con un trapo de cocina. Cerré la bolsa con doble nudo para sacarla a la calle. La cara del inspector, cuando me vio reaparecer con la basura en una mano y el mando de la televisión oliendo aún a barreduras en la otra, era un poema. Puro Kaváfis en sus ojos de policía. Me miró con pena. Tú estás fatal, ¿eh?; anda, vámonos antes de que me deprima yo también y el almuerzo se convierta en un velatorio.

Ni con gafas de sol, en un día tan gris, logré impedir que me dolieran los ojos. La luz del mediodía se reflejaba en las baldosas del paseo y hería la vista igual que raspaduras de vidrio. Por suerte El Pote está al otro lado de la calle. Cruzamos Mesa y López. Entramos en uno de sus pasadizos. El inspector debía de estar igual de aturdido porque se confundió de pasillo y entró en uno en el que había una tienda de artículos eróticos. La dependienta (traje rojo, zapatos de charol negro, resuelta, pizpireta) hacía juego con el escaparate. Detrás de ella, una estantería estrecha y alta mostraba todo tipo de artilugios de placer. Para mí que algunos debían de doler pero allá cada uno con sus gustos. La muchacha saludó a Álvarez con una ancha sonrisa y éste le devolvió el saludo con un gesto rayano en la turbación.

Hallamos el restaurante repleto de ejecutivos y comidas de empresa. El encargado reconoció a Álvarez y nos buscó, casi sumiso, un sitio al final del local, junto a un ascensor que lleva a los reservados de la planta baja. En Navidad no preparaban menú pero, en atención al policía, nos ofrecieron unos entremeses variados y nos abrieron una botella de vino del Priorato que andaba promocionando.

El revuelto de langostinos y la ropa vieja de pulpo estaban más que bien. La berenjena rebozada con miel de palma me resultó demasiado dulzona. El vino, un Artigas de dos mil cinco, era todo un descubrimiento. El restaurante tenía techos altos con cobertura de madera, lo que allanaba la conversación, que no se veía salpicada de gritos y risotadas desde las otras mesas. Álvarez traía

hinchada la vena paternal y no paró de dar consejos de viejo. Habló de la muerte, de la vida que debía seguir fluyendo, de pasar no sé qué página para seguir adelante, del orgullo y la memoria debida a un buen hombre como Colacho Arteaga. Como dijo aquél, si no hay modo de mejorar el silencio, lo mejor es callar. Y yo callé hasta que el policía retuvo su discurso y me miró expectante y preguntó qué me parecía lo que llevaba media hora diciendo.

Bebí un sorbo del Artigas y asentí, Me parece coherente, Álvarez; el problema es que no está patio para coherencias ahora mismo; ¿dígame?; no, por supuesto que no pienso seguir así toda vida, algún día tendré que espabilarme pero no encuentro una razón convincente para hacerlo ahora; ¿sabe?, Colacho resultó ser una caja de sorpresas incluso después de muerto; me legó casa de La Isleta, una parcela de terreno en Firgas que no sé cómo guardaba en secreto y, ríase, una cuenta corriente en la Caja de Ahorros con más de ciento veinte mil euros; el muy cabrón vivía con lo puesto, tanto que alguna vez pensé que era de la Cofradía del Puño Cerrado, y lo que estaba era ahorrando para dejármelo a mí; no debía de confiar mucho en mis posibilidades, ja; en serio Álvarez, usted habla de pasar página pero a mí se me han acabado las ganas de leer. El inspector sonrió a media boca, Mira, coño, con el viejo calafate; y pensábamos que era bobo cuando compramos; ¿así que se estuvo descojonando de todos nosotros?; ¿ciento veinte mil euros y un terreno en Firgas?; ¿de dónde salió todo eso?

Ni puñetera idea. Uno cree conocer a la familia y a los amigos (mi abuelo entraba, por derecho propio, en ambas categorías), pero no sabe una mierda de lo que piensan cuando callan. Hasta donde mi memoria alcanzaba, Colacho no tenía relación alguna con Firgas ni con otro lugar que no fuera su barrio de La Isleta. Pero según las escrituras del registro había heredado de una tía solterona de la que jamás habló. El terreno, unos cientos de hectáreas de higos y plataneras, era suyo desde el ochenta y dos. Parecer ser que su tía murió del disgusto al ver a un socialista gobernando este país suyo. Sí. Casi treinta años y el muy zorro no había dicho ni esta boca es mía. Lo del dinero en el banco era aún más inexplicable. El director de la sucursal me informó de no pocas inversiones que el viejo había efectuado en empresas petrolíferas y en oro, el valor más seguro de todos los valores.

No obstante, la sorpresa más grande, la que había rematado la faena, la que me había hundido en la miseria, tenía que ver con una traición. Un engaño en toda regla. Una mentira que escocía como vinagre en una herida abierta. Álvarez no iba a creerse lo que estaba a punto de contarle. Ni yo tampoco lo creía. Era todo tan irreal. Me sentía como el niño que descubre que los Reyes no existen. Un imbécil, defraudado, roto. Llevaba años relatando una historia, la de la agencia de detectives Blanco y Moyano, sin saber que era falsa o que, al menos, no era todo lo cierta que yo creía. Alguna vez le había preguntado a Miguel Moyano por qué, si él había sido el que había puesto el dinero, el que arriesgaba, el que pagaba el alquiler del despacho de Triana y el sueldo de Inés, ni su nombre encabezaba el rótulo del negocio. ¿No era más natural una agencia Moyano y Blanco? Miguel siempre salía con que no quería que lo asociaran a él, un hombre de negocios serio, con el trabajo de pacotilla. No quería que le dieran la lata con materias legales ni que mancillara su reputación. Y yo siempre había aceptado esa respuesta sin discutirla.

Revolviendo en los papeles de mi abuelo (en algunos; aún me faltaban enigmas por descifrar) descubrí la verdad. Había resultado ser una trama urdida por Colacho para que dejara de andar zascandileando por ahí, para que sentara cabeza y tuviera algo sólido de lo que agarrarme. Era Colacho quien sufragaba todo. De sus inversiones salía el dinero que me mantenía a mí y a la agencia. El inversor (menuda inversión, carajo) en la sombra. Miguel no pudo negarlo cuando enseñé los documentos. Intentó excusarse, Tu abuelo era un hombre persuasivo y cabezota; le di muchas veces que debíamos decírtelo pero él se opuso; fíjate hasta dónde quería mantenerlo en secreto que me hizo firmar una cláusula de confidencialidad; el viejo me tenía cogido por la

huevos.

~~No me valió de excusa. Y la trompada que le pegué con toda mi alma se lo dejó bien claro. La última vez que vi a Miguel se limpiaba la sangre de la nariz con un pañuelo de tela blanca inmaculado.~~

Y, sin embargo, tenía gracia la historia. Ahora que lo recordaba, meses después, vestido limpio y con una buena copa de vino, tenía su gracia. Cuando mi socio (ahora ya no sé cómo llamarlo) me retó a montar un negocio y sacarlo adelante, yo consideré que era una broma, abuso de ron y la falta de sueño en aquella farra loca. Por eso le planteé el más disparatado: una agencia de detectives. Miguel se lo contó a Colacho y el viejo estuvo a punto de ahogarse de risa. ¿Quiere ser detective? Pues adelante con los faroles. Así era el jodido calafate.

Andábamos con el café y el orujo, uno de frutas que hacían en El Pote, cuando el inspector retomó la palabra, ¿Y ahora qué?; ¿qué cambia eso?; ¿vas a cerrar la agencia, mandar a la secretaria al paro y dejar de hacer lo que mejor haces sólo porque tu abuelo y tu mejor amigo engañaron?; piensa que lo hicieron porque te conocían, porque sabían de tu orgullo y extravagante sentido del honor; o, mejor, lo hicieron porque te querían y sanseacabó; sí, ya sé que quererse no está de moda pero a eso se reduce todo este tinglado; querían ayudarte a encontrar el camino, nada más y nada menos, lo mismo que intento yo con mi familia o tú mismo si tuvieras un hijo; ahora se te presenta la oportunidad de olvidarte de todo, devolverles el favor, tragarte el orgullo y seguir con tu vida; eso o mandarlo todo a la gran puñeta.

Era fácil decirlo. Hasta sonaba dulce viniendo de un rudo policía de la vieja escuela. Pero no sabía yo si podía conseguir lo que me proponía. Olvidarme de todo, había dicho Álvarez. Olvidar que mi vida (al menos la de los últimos años) era una farsa. Una mentira. La del que descubrió después de viejo, que es adoptado. Alguien al que le han implantado los recuerdos, al que le han inventado una infancia de pega. ¿Y ahora qué?, había dicho el inspector. Ahora leche machang. Me tocaba descubrir primero quién era yo antes de saber qué hacer con mi existencia.

Álvarez se revolvió en la butaca, ¿Cómo que quién eres tú, carajo?; no me jodas con vainas psicológicas; tú eres Ricardo Blanco, la mosca cojonera más coñazo que he conocido; ¿tú crees que te propondría trabajar conmigo, contraviniendo todas las leyes y las normas de este puto país si no supiera quién eres?; déjate de mamonadas, chacho; mira, hace unos días enterramos a una mujer que sabía quién era y no le sirvió de nada; uno de sus hijos la envenenó con cocaína; sabes como lo estás oyendo; con cocaína, menudo chute, ¿verdad?; era una pobre vieja cuyo único delito, igual que el de tu abuelo, fue querer demasiado a quienes no se lo merecían; y no puedo creer que el cabrón asesino se salga con la suya sólo porque tú estás mimoso; de ahí que vaya a darte toda la información que tenemos del caso; o, lo que es lo mismo, me voy a jugar el culo una vez más por ti; quiero que vuelvas al despacho y que empieces a husmear en la basura como esta mañana por en lugar del mando de la tele, saques a un hijo de puta que huele igual a mierda para que yo me encierre en el Salto del Negro hasta que se le caigan de podridos los dientes; eso quiero; porque yo creo que tú sí te mereces que tu abuelo te haya querido hasta el punto de vivir como un miserable para que su nieto pudiera vivir como un príncipe.

Capítulo 5

Volví a casa dándole vueltas a lo último que había dicho Álvarez sobre lo de merecerme cariño de mi abuelo. ¿Qué había hecho yo por él? Me había alejado de todo lo que me lo recordaba como si me quemara: su casa, la playa, el Casinillo. Sus viejos amigos aún estaban esperando que fuera a saludarlos pero me dolía demasiado enfrentarme a sus miradas de conmiseración. Me vino a la cabeza la imagen de Gloria, la muchacha que atendió a Colacho en los últimos años. Agarré el teléfono y la llamé. No sabía bien qué iba a decirle pero, de perdidos, al río. Me había comportado con ella de un modo infame. Tras el funeral, en las escalinatas de la iglesia del Cristo, me había despedido con un apretón de manos medroso, sin alma, y no había vuelto a ponerme en contacto con ella. Gloria se había portado con él mejor que yo. En la iglesia, la gente le daba el pésame con más sentimiento que a mí. Cualquiera hubiera dicho que tenía celos de ella.

No sabía bien qué iba a decirle pero sentía necesidad de enmendar mi torpeza, mi necesidad. Quería saber cómo le iba, qué había sido de su vida desde entonces y si estaba dispuesta a perdonarme hasta el extremo de aceptar un trabajo. No. No se trataba de ninguna limosna. Para pedir limosnas estaba yo, el pordiosero mayor del reino, el bufón de la corte del rey Colacho. No. Era una propuesta sincera. Casi un grito de auxilio. Mi casa se estaba cayendo de la mierda. No había tenido agallas ni para limpiar mi miedo. En vez de mandarme a freír puñetas, Gloria estuvo conforme con el encargo. No sé si necesitaba el trabajo pero lo aceptó. Sus condiciones, eso sí, eran innegociables: iría dos tardes por semana, las que ella eligiera, a limpiar y a planchar; nada de hacer la comida; y cobraba cuarenta euros por tarde. ¿De acuerdo? Desde luego que sí.

Aproveché el momento de euforia culpable para atender al resto de mensajes del contestador. Eran más de lo que había pensado. Andaría desprevenido o borracho cuando las llamadas, pero conté hasta siete recados. Los fui escuchando uno a uno con el corazón encogido. Inés, Beatriz y Miguel habían dejado dos por barba. El séptimo era del albacea testamentario de Colacho para que pasase a firmar no sé qué aceptación de herencia antes de fin de año, a buenas horas mangando verdes. Me iba a costar una pasta mi pereza. Hacienda penalizaba los retrasos. Ya no podía hacer nada, así que lo dejé para el final.

Inés estaba enfadada como un macho pero, aun así, aceptó la llamada. Le expliqué que ya volvíamos al trabajo, que ya se había acabado el luto, que teníamos un caso entre manos, que ya daría los detalles al día siguiente en el despacho. Mi secretaria respiró aliviada, Joder, chico, o sea, la verdad, ya me veía en la cola del paro, cóntrole; me das una alegría; mañana hablamos, pero no creas que te va a salir gratis mi angustia; del aumento de sueldo no te salva ni san Lucas Tadeo.

Beatriz había perdido la esperanza de saber de mí. Pensó que ya no volvería a verme el pelo. Era consciente de que nos habíamos conocido en mal lugar y en peor momento. Temía que yo llegase a asociar ambos acontecimientos (la muerte de mi abuelo y nuestro primer encuentro) y que ya no pudiera soportar ni el recuerdo de su nombre. Beatriz. Se engañaba. Beatriz. Podía soportar su nombre y todo lo que giraba alrededor de su nombre. Beatriz. Tenía ganas de verla. ¿Muchas ganas? Todas las del universo mundo. Y si no la había llamado antes era porque no la quería como testigo de mi decadencia. Ni hablar. No iba a dejar que viera el estado lamentable, patético en el que me había dejado la muerte de Colacho. Esperaba recuperar fuerzas. Y sí. Ahora creía haberla

recuperado todas. ¿A cuento de qué? A cuento de la visita de un viejo amigo, ya se lo explicaré. ¿Cuándo podríamos vernos? Cuando quisiera. ¿La siguiente noche en su casa? Conforme. Un lugar perfecto para reconciliarnos, para vengarnos de tanto tiempo perdido, de tanta tristeza inútil.

Miguel Moyano me saludó con un Hombreeee, el campeón de los pesos wélter, dichosos los oídos... que me devolvió la fe en el ser humano. Con él no hizo falta disculparse. Nos perdonamos sin una palabra: yo, que me hubiera ocultado el secreto de Colacho; él, mi trompada fuera de lugar. Nuestra amistad estaba por encima de mi orgullo y su cara. Por cierto, ¿cómo estaba? Perfectamente. Habían tenido que remendarle los huesos propios de la nariz pero había quedado mejor que antes. Concha, su mujer, me lo agradecía. ¿Cómo estaba Concha? ¿Cómo iba a estar? Muy disgustada con los dos: con Miguel y conmigo. Menudos chiquillajes, dejar que una bobalaca estropeará una amistad de treinta años. Se volvería loca de contenta en cuanto supiera que volvíamos a hablarnos. Había que celebrarlo. ¿El viernes con una cena? Se dijo.

El resto de la tarde la pasé tirado en el sofá oyendo a Ella Fitzgerald. Davis y Mingus tendrían que perdonarme pero necesitaba otra emoción, otro ritmo, para enfrentarme a una nueva realidad. Nadie llamó ese día, lo que venía a decir que las aguas habían vuelto a su cauce y el orden a su vida. No tuve que desdeñar ningún aviso. Vi una película del Oeste, mala como carne de pescuezo doblada al puertorriqueño, horriblemente iluminada y esparcida de sangre de tomate. Cuando acabó, empezaba en otra cadena *Qué bello es vivir*, fiel a la Navidad como el turrón. No tuve valor para enfrentarme a más lágrimas. Apagué el televisor y me fui a la cama. Por primera vez en muchos meses, dormí de un tirón, sin que ningún fantasma se colara por la gatera de mis sueños.

Al día siguiente me levanté temprano. Desayuné en un bar del mercado, con los puesteros y los guardias de seguridad, un bocadillo a la catalana como a mí me gusta (más jamón que pan) y dos cafés fuertes y negros que amenazaron con romperme el estómago. El periódico traía sólo noticias funestas: el paro se desbocaba; habían desahuciado a tres desventuradas familias de Buque de Guerra; se había producido un incendio en una fábrica de voladores y el fuego había atrapado a dos hombres, padre e hijo, en mitad de la tralla. Fui incapaz de seguir leyendo. Me quedé sin saber qué había sido de los dos desdichados, si habían logrado salvarse del infierno, si les iba a tocar vivir en un purgatorio de llagas y dolor. Cerré el periódico y lo devolví a la barra del bar. Preferí, en mi estado de ánimo, dejar correr el río hasta serenarme. Y me dejé empapar de la socarronería de los feligreses, que espantaban la crisis a base de chistes de cubanos. No hay nada como mirar a un pobre para sentirse rico.

Las primeras horas de la mañana se me fueron en la barbería (necesitaba con urgencia un corte de pelo y volver a parecer humano) y en el despacho de Álvarez, que me recibió con una sonrisa orgullosa, Esto ya es otra cosa, coño; vuelves a ser el Ricardo del que tenía memoria. Me entregó un sobre cerrado con fotocopias de informes y anotaciones a mano. Quiso convidarme a un café en la máquina pero lo rechacé. Ya tenía bastante con los del bar del mercado. Inés, además, me aguardaba en la oficina y no quería hacerla esperar no fuera que creyese haber soñado una resurrección.

Mi secretaria estaba hablando con su palo del Brasil en el balcón. Llevaba una regadera en una mano y un paño azul celeste, con el que daba lustre a las hojas desvaídas, en la otra. La oficina estaba a cerrado y a pesticida. Pero estaba limpia y, con las ventanas abiertas, se podía respirar. Inés cuando me vio, me dio un abrazo acogedor que se quedó como estancado en el tiempo. No sé cuánto duró pero sí que tuve la sensación de estar de nuevo en casa. Al separarnos me acarició el mentón y sonrió con inquietud, Estás muy flaco, chico; no adelgaces más que te me quedas en la teta, ¿vale?

Me acompañó a mi mesa. Se sentó al otro lado del escritorio con una pierna cruzada sobre la otra y aguardó en silencio a que abriera el sobre de Álvarez y le echase un vistazo a lo

documentos. Estaba, era de esperar, más al corriente que yo en el caso Mérida. A falta de trabajo se había hartado de leer los periódicos, escuchar la radio, ver los telediarios regionales para hacerse una composición de lugar acerca de la mujer asesinada. Aquello olía fatal. Demasiado codos cerca del tintero como para saber quién había volcado la tinta. Inés había visto y oído a los hijos de la mujer y no pudo menos que compartir con el inspector la sensación de que eran unos cabrones. Estaban todos tan tranquilos, tan fríos que daba grima. Ella no podía ponerse en su lugar pero, vamos, si asesinasen a su madre, le faltarían uñas para arañar y voz para gritar y lágrimas para llorar de rabia. Aprovecharía los micrófonos para cagarse en todo lo que se moviera. Sin embargo, allí estaban aquellos tres: serenos, sin una mueca de dolor, sin un gesto de coraje. Como si tuvieran horchata en las venas. Ni siquiera precisaron de un portavoz calmado como suele ocurrir en las tragedias. ¿Para qué, si ellos eran la personificación de la calma?

No. No sabría decir cuál de los tres parecía más culpable. De hecho llegó a pensar en aquella novela de Agatha Christie, la del Orient Express, en la que hasta el último mono tenía razones para cometer el crimen. Imaginó al hermano mayor comprando la coca, a la hermana escondiéndola en la casa de su madre y al benjamín echándola en el café cuando ella no miraba. Si por Inés fuera, lo encerraría a todos hasta que confesaran. Claro. Era consciente de que estábamos en un estado de derecho (a los políticos se les llena la boca de esas palabras altisonantes cuando les interesa) pero por una vez, y sin que sentara precedente, hubiera deseado regresar al franquismo, a la época en que todo Dios era sospechoso de algo, en que primero disparaban y después preguntaban.

Mi secretaria se sorprendió al conocer la existencia de Gil Varela. Que ella recordara, la prensa no lo había mencionado en ningún momento. ¿Un pretendiente? ¿Un viejo amigo? Inés se mostro encantada. Gracias a Dios. Eso significaba que al menos alguien había llorado de verdad la muerte de Andrea Mérida. Y también que no había estado tan sola como la pintaban. Bien por ella. Sabía que se estaba precipitando en sus conclusiones pero qué quería yo, prefería la imagen de una mujer feliz en los brazos de un amante apasionado, a la de una pobre vieja abandonada a su suerte. ¿De sexo? Por supuesto que hablaba de sexo, de qué iba a hablar si no. ¿O es que yo creía que los viejos no lo practicaban? Ja; tú fíate de la Virgen y no corras.

Inés quiso saber por dónde iba a empezar a meterle yo mano a aquel caso. Por el principio, sin duda. Necesitaba leer hasta la última palabra de los expedientes que tenía encima de la mesa. Observar con lupa cada una de las fotografías. Visitar la casa de Andrea Mérida. Y entonces me dedicaría a lo que, según Álvarez, mejor se me daba. A tocar los cojones a cualquiera que se cruzase en mi camino. En efecto. También al tal Eduardo Gil Varela. Por muy dolido que apareciera en las anotaciones del inspector. Inés no debía olvidar que el dolor de la pena y el dolor de la culpa son idénticos. Y las de Gil Varela bien podrían ser lágrimas de cocodrilo.

Se me pasó el tiempo volando, enfrascado en la maraña de informes y fotografías. Ni siquiera noté cuándo Inés entró a despedirse para ir a comer ni cuándo regresó, dos horas después, con un café y un sándwich de atún y millo que dejó en la única esquina libre de papeles de mi escritorio. De vez en vez yo levantaba la vista de los documentos y consultaba algún detalle en Internet. Me intrigaba, por ejemplo, la humildad de la víctima, la sencillez con la que vivía, a quién podría beneficiar su muerte, de dónde habría salido la cocaína. Y quería examinar personalmente las entrevistas grabadas de los hijos de Andrea Mérida. Hallé unas cuantas, enganchadas en los portales de las televisiones. Pude fijarme en ellos desde distintos ángulos. Entendí la aversión que habían generado en Álvarez y en Inés.

Esa tarde llovió. El repiqueteo en los cristales me devolvió al presente. Me levanté, entumecido de la mesa. Me estiré en medio del despacho. Me acerqué a la ventana. La calle se había llenado de paraguas. La gente parecía vivificada por el olor a lluvia. Un niño chapoteaba en un charco. Su madre (vestido gris perla, gargantilla de oro, zapatos de tacón, bolso de piel marrón, cargada con

paquetes con regalos) le jalaba de la mano, Hombre, Raúl, mira cómo te estás poniendo los zapatos, contra. Un hombre estatua vestido de Tutankamón bañado en oro se enchumbaba de arriba abajo. Los churretes de agua y pintura amarilla le caían por los brazos y las piernas. Una mendiga desdentada se burlaba del falso faraón, ¿Eso qué es, mi rey?; ¿oro?; sí, coño, del que cagó el moro. La Navidad está hecha para los niños y para los pobres. Los adultos se la pasan de compras y a los ricos les supone una molestia tanta alegría desbordada.

El lotero de Triana intentaba cubrir su puestito con un chamizo de plástico. Había salvaguardado sus billetes de lotería dentro de un arcón plano de madera y, a pesar de su media ceguera, procuraba tener un ojo en la faena de barricada y otro en la mercadería. La mujer de limpieza de una tienda de ropa se esforzaba, sin mucho lucimiento, en mantener seca la entrada del local. Había colocado un cartel amarillo de precaución al que nadie hacía caso. Afuera, un tipo vestido de negro merodeaba alrededor de un cajero automático. A veces, como los camaleones, disimulaba su pelaje confundiéndose con el entorno, delante de un escaparate o mirando la hora con insistencia como si alguien llegara tarde a su cita. La lluvia cesó. El hombre camaleón encendió un cigarro. Miró de reojo a dos muchachas que sacaban dinero. Y se fue detrás de ellas Triana arriba.

Yo regresé a mi mesa, convencido de que algo se me había pasado por alto. Volví a las páginas de las televisiones. Remiré las imágenes de los hijos de Andrea Mérida rodeados de micrófonos y focos. Era verdad que parecían demasiado fríos para el infierno que se suponía estaban viviendo. Pero no era eso lo que me preocupaba. Era otra cosa. Otro hombre camaleón como el de Triana. Allí estaba. Siempre en segunda fila, sin mirar a las cámaras, incómodo y huidizo, mudando de color. Pero cerca de los tres hermanos. Detuve varias veces la reproducción. Imprimí una fotografía en la que se veía la cara del tipo. Pensé en lo que había mencionado Inés acerca de su portavoz. Quizá fuera una persona elegida por la familia para atender a la prensa y cuya participación, tras la insistencia de los periodistas, al final hubiera resultado innecesaria. O tal vez un policía de Álvarez que viajaba de incógnito. Menudo incógnito, ¿verdad? Sin embargo, si no era una cosa ni otra, ¿qué hacía allí aquel pasmarote?

Inés entró en el despacho poniéndose el abrigo. Venía a despedirse. Pero vio el café y el sándwich e hizo un gesto de contrariedad, Joder, Ricardo, ahora entiendo por qué estás en los huesos; llevas aquí cinco horas sin probar bocado, m'ijo; vete a casa, que para ser el primer día ya está bien. Recogió el vaso de cartón de mi escritorio y se lo llevó al baño. Escuché cómo vertía el café frío por el sumidero. A su vuelta, limpió con un clínex un vaso de cristal, sacó de la nevera una cerveza y me la sirvió. Luego abrió el papel de plata con cuidado y puso el sándwich sobre otro clínex limpio, Como sé que no vas a hacerme caso, ahora te tomas esto delante de mí y me cuentas qué has averiguado.

Comí con desgana. Le enseñé la fotografía del individuo, que había quedado marcada por el surco húmedo del vaso de cerveza, su cabeza en el centro de la diana. Aceptando que la policía ya habría peinado bien la casa de Mérida, me encontraba ante dos frentes abiertos: aquel hombre siniestro que Inés contemplaba y el asunto de la droga. Mi secretaria se mordió el labio inferior como hacía siempre que le rondaba algo en la cabeza, ¿Y qué hay de tu amiga Beatriz? Yo la miro extrañado, Pues precisamente esta noche ceno con ella; ¿por qué te interesa? E Inés, sonriendo con malicia, ¿Cómo que por qué, totorota?; si alguien sabe de drogas es una farmacéutica.

Capítulo 6

Beatriz Guillén vivía en una casona, antigua pero reformada con gusto, en el corazón de Tafir. De piedra vista, madera negra y techos altos, el frío de enero se colaba por los rincones. Por eso la farmacéutica tenía el fuego de la chimenea encendido y una botella de vino abierta sobre la mesa del comedor. Llevaba un pantalón vaquero y una blusa de manga larga color burdeos. En lo que la cena se preparaba, ofició de anfitriona y me enseñó la casa, No la mires mucho, que no he tenido tiempo de limpiarla. La planta baja, que había visto al entrar, estaba ocupada casi por completo por un salón inmenso lleno de cuadros y esculturas modernas. La mayoría, me explicó orgullosa y divertida, eran de artistas desconocidos que más temprano que tarde acabarían triunfando. Al final de la estancia, una puerta conducía a un saloncito más pequeño (un sillón, una mesa baja, una librería con más cuadros y un televisor) por el que se accedía al jardín. A través de los ventanales una media luna blanquísima iluminaba un pedazo de césped y un viejo laurel de indias.

En la segunda planta estaba el despacho (un escritorio vetusto y sólido, un sillón de cuero, una lámpara de pie color oro viejo) que Beatriz había heredado de su padre, notario jubilado. Y las habitaciones. Y una cocina espaciosa que olía a pescado y a alioli. Mi anfitriona se acercó a los fogones, apagó el horno, terminó de aliñar una ensalada de lechuga y tomate y me invitó a sentarme a la mesa. Insistí en hacer algo y, más por delicadeza que por necesidad, me señaló un cuchillo de sierra y una barra de pan negro con semillas de sésamo que había sobre la encimera. Mientras, ella sacó el pescado y lo trasladó con esmero (a mí se me hubiera desmigajado del todo) a una bandeja blanca como la luna, con ribetes dorados.

Brindamos. Por mi resurrección y su sonrisa. Porque la vida no tenía maldito sentido sin esos momentos diferentes. Porque lo del valle de lágrimas era un pamema más grande que la catedral de Santiago. Beatriz estuvo dispuesta a despejar todas y cada una de mis dudas: las del alma y las del oficio. Hablaba con dulzura, aunque con firmeza, sobre la necesidad de aceptar la muerte como algo consustancial a la propia vida. Eran dos realidades, vida y muerte, que no podían entenderse por separado. Los viejos lo sabían y por eso aceptaban sin discutirlo aquello de que para morir sólo hace falta estar vivo. Esa idea, claro, se convertía en tragedia, en caos funesto cuando hablábamos de un pibe de veinte años que se desnuda en su moto o una niña de ocho que se parca la crisma al caerse de un columpio. Eso era una atrocidad, una perversión del orden. Pero que muriese un hombre de noventa tan sólo era una consecuencia, la resultante de haber estado vivo alguna vez. La eternidad es tan cruel como la muerte prematura; ¿quién quiere vivir doscientos años atrapado en un cuerpo decrepito y frágil?

La entendía. Desde luego que la entendía. Era el razonamiento que me había estado repitiendo desde el día siguiente al entierro de Colacho Arteaga. Me decía a mí mismo cada mañana que era lógico, natural, ley de vida. Sin embargo, cada noche me iba a la cama destrozado, herido, cagándome en los clavos del ataúd de la lógica, la naturaleza y esa puñetera ley que nunca me había convencido y siempre me resistí a cumplir.

Beatriz volvió a alzar su copa de vino y brindó por él, por mi abuelo, por la paz que seguramente habría encontrado allá donde los muertos descansasen. Me preguntó por un recuerdo del viejo, primero que me viniera a la mente. Le respondí casi sin dejarla acabar, Me acuerdo de sus manos

sample content of Blue Christmas (Novela negra)

- [read online Bertolt Brecht \(Critical Lives\)](#)
- [download online Romero \(The Moreno Brothers, Book 4\) pdf](#)
- [click Bloody Parchments: The Root Cellar and Other Stories pdf, azw \(kindle\)](#)
- [download Babbitt](#)

- <http://korplast.gr/lib/How-a-Film-Theory-Got-Lost-and-Other-Mysteries-in-Cultural-Studies.pdf>
- <http://ramazotti.ru/library/All-in-My-Head--An-Epic-Quest-to-Cure-an-Unrelenting--Totally-Unreasonable--and-Only-Slightly-Enlightening-Head>
- <http://bestarthritiscare.com/library/Bloody-Parchments--The-Root-Cellar-and-Other-Stories.pdf>
- <http://damianfoster.com/books/Babbitt.pdf>